

CAPÍTULO IV

Intrigas de la corte. — Banquete de los guardias de corps y de los oficiales de Flandes en Versalles. — Jornadas del 4, 5 y 6 de octubre; escenas tumultuosas y sangrientas. — Asalto del palacio de Versalles por la muchedumbre. — Pasa el rey á residir en París. — Estado de los partidos. — El duque de Orleans abandona la Francia. — Negociaciones de Mirabeau con la corte. — Trasládase la Asamblea á París. — Ley sobre los bienes del clero. — Juramento cívico. — Tratado de Mirabeau con la corte. — Bouillé. — Proceso de Favras. — Planes contrarrevolucionarios. — Club de los jacobinos y de los fuldenses.

Mientras que la Asamblea tocaba así todas las partes de su obra, preparábanse grandes acontecimientos. Por la reunión de las clases, la nación había recobrado su omnipotencia legislativa y constituyente, y, por el 14 de julio, habíase armado para sostener á sus representantes. De este modo, el rey y la aristocracia, aislados y desarmados, no conservaban ya para sí más que el sentimiento de sus derechos, que nadie compartía, hallándose frente á una nación dispuesta á concebirlo y á ejecutarlo todo. La corte, no obstante, retirada en una pequeña ciudad cuyos únicos habitantes eran sus servidores, estaba en cierto modo fuera de la influencia del pueblo, y hasta podía intentar un golpe de mano contra la Asamblea. Era natural que París, situado á pocas leguas de Versalles; París, capital del reino y residencia de una inmensa multitud, tratase de atraer al rey á su seno para substraerle á toda influencia aristocrática, y para recobrar las ventajas que la presencia de la corte y del gobierno reportan á una capital. Después de haber reducido la autoridad del rey, no faltaba ya más que asegurarse de su persona. Así lo exigía la marcha de los acontecimientos, y por todas partes oíase el grito de «¡qué venga el rey á París!» No pensaba ya la aristocracia oponerse á sufrir nuevas pérdidas, pues hacía muy poco aprecio de lo que le quedaba para ocuparse en conservarlo, deseando también, así como el partido popular, algún cambio violento. Es infalible una revolución cuando se reúnen dos partidos para quererla; ambos contribuyen á la realización del hecho, y el más fuerte se aprovecha del resultado. Mientras que los patriotas deseaban conducirlo á París, la corte meditaba trasladarle á Metz, pues allí, hallándose en una plaza fuerte, podría ordenar lo que le pareciese, ó mejor dicho, lo que se deseara para él. Los cortesanos fraguaban planes, circulaban proyectos, trataban de alistar partidarios, y concebían vanas esperanzas, descubriéndose á sí propios por sus amenazas imprudentes. D'Estaing, que tanto se había distinguido en otro tiempo como jefe de nuestras escuadras, y que mandaba la guardia nacional de Versalles, quería mantenerse fiel á la nación y á la corte, misión difícil y siempre calumniada, que sólo puede llegar á ser honorífica cuando se tiene una gran firmeza. D'Estaing supo los manejos de los cortesanos: los más elevados personajes figuraban en el número de los conspiradores; habíanse citado como testigos las personas más dignas de fe; y al saberse esto,

escribió á la reina una carta, muy conocida, en que exponía con respetuosa firmeza la inconveniencia y el peligro que ofrecían semejantes manejos. Sin disfrazar nada, nombró á todo el mundo en apoyo de cuanto decía; pero la carta quedó sin efecto. Al intentar tales empresas, la reina debía esperar que le hiciesen observaciones, y no extrañarlas de ningún modo.

En la misma época se vieron en Versalles muchas caras nuevas y hasta uniformes desconocidos; retúvose á la compañía de guardias de corps, cuyo servicio había terminado, y se llamó á varios dragones y cazadores de los tres obispados. Los guardias franceses, que ya no prestaban servicio al rey, se irritaron al ver que le confiaban á otros, y quisieron ir á Versalles para obtenerle de nuevo. Seguramente que no tenían motivo para quejarse, puesto que ellos mismos habían renunciado á dicho servicio; pero dícese que se les excitó á dar este paso. Pretendíase también que esto era un manejo de la corte para atemorizar al rey é inducirle á trasladarse á Metz, y hay un hecho que lo prueba así en cierto modo. Desde que ocurrieron los motines del palacio real, Lafayette dispuso que se estableciese un puesto militar en Sevres, para prohibir el paso de París á Versalles; pero hubo de retirarle después, á petición de los diputados de la derecha. Lafayette consiguió contener á los guardias franceses, haciéndoles desistir de su propósito, y escribió confidencialmente al ministro Saint-Priest, para manifestarle cuanto había ocurrido y tranquilizarle completamente. Sin embargo, abusando el ministro de la carta, mostrósela á D'Estaing, y éste se la comunicó á los oficiales de la guardia nacional de Versalles y al municipio, para que supieran el peligro que había amenazado á la ciudad y los que podrían amenazarla aún.

Entonces se propuso llamar al regimiento de Flandes; muchos batallones de la guardia de Versalles se opusieron á ello; pero la municipalidad no insistió menos en su demanda, y acabóse por llamar al regimiento. Pocas fuerzas eran para luchar contra la Asamblea, pero las suficientes para proteger la evasión del rey. D'Estaing puso en conocimiento de la Asamblea Nacional las medidas que se habían adoptado, y obtuvo su aprobación. Llegó el regimiento: el aparato militar que le seguía, aunque no muy considerable, excitó murmullos; los guardias de corps y los cortesanos se mezclan con los oficiales, agasajándolos á porfía, y así,

como antes del 14 de julio, parece efectuarse una coalición y se conciben halagüeñas esperanzas.

La confianza de la corte aumentaba la desconfianza de París, y á poco celebráronse algunas fiestas que irritaron la miseria del pueblo. El 2 de octubre, los guardias de corps imaginan obsequiar con un banquete á los oficiales de la guarnición, banquete que debe celebrarse en el salón del teatro. La corte ocupa todos los palcos; los oficiales de la guardia nacional figuran en el número de los convidados, reina durante el festín la más loca alegría, que se convierte en exaltación al servir los vinos; y entonces se introduce á los soldados de los regimientos. Los convidados, con la espada desnuda, brindan por la salud de la familia real; no se quiere la de la nación, ó por lo menos nada se dice de ella; resuenan los clarines produciendo el toque de carga, á cuyo sonido escalan los palcos los convidados; entónase el conocido y expresivo canto: *¡Oh Ricardot! ¡Oh mi rey! ¡El universo te abandona!*, y todos prometen morir por su soberano, cual si estuviese en el más grave peligro. Por fin, llega un momento en que el delirio no reconoce ya límites: distribúyense escarapelas negras ó blancas, pero todas de un solo color; los jóvenes de ambos sexos se animan evocando recuerdos caballescrescos; y, según dicen algunos, en aquel momento es cuando se pisoteó la escarapela nacional. Después ha sido negado el hecho; pero ¿no es todo creíble y dispensable cuando ofuscan la mente los vapores del vino? Y por otra parte, ¿á qué vienen esas reuniones que no producen por una parte más que una engañosa abnegación, excitando por la otra una irritación terrible? En aquel momento se corre á buscar á la reina, que consiente en presentarse en el banquete; el rey, que regresaba de una cacería, es rodeado también; arrojense algunos á los pies de ambos, y se les conduce como en triunfo hasta su habitación. Grato es, sin duda, encontrar amigos cuando se cree estar despojado y amenazado; pero ¿por qué engañarse así sobre los derechos, la fuerza y los medios?

Bien pronto circuló la noticia de haberse celebrado esta fiesta, y no cabe duda que la imaginación popular exageró los detalles. Las promesas hechas al rey se tomaron por amenazas dirigidas á la nación; aquella prodigalidad fué considerada como un insulto á la miseria pública y volvió á resonar con más fuerza que nunca el grito de *¡A Versalles!* He aquí cómo las pequeñas causas se reunían para contribuir al efecto de las generales. Algunos jóvenes recorrieron las calles de París con escarapelas negras, fueron perseguidos, y uno de ellos arrastrado por el pueblo, lo cual indujo á la autoridad á prohibir las escarapelas de un solo color.

Al día siguiente del funesto banquete ocurrió una escena semejante con motivo de un almuerzo que dieron los guardias de corps en el salón del picadero. También se presentaron entonces á la reina, quien dijo había quedado muy satisfecha de la fiesta anterior; y todos la escuchaban con la mejor voluntad, porque, menos reservada que el rey, esperábase que diese á conocer los sentimientos que animaban á la corte, y se repetían todas sus palabras. Con esto llegó la irritación á su colmo, y debieron esperarse los más terribles acontecimientos. Tanto al pueblo como á la corte les convenía una violenta agitación: al primero, para apo-

derarse del rey; á la segunda, para que el temor le indujera á trasladarse á Metz. También le cuadraba esto al duque de Orleans, quien esperaba obtener la regencia del reino si el rey se alejaba. Hasta se ha dicho que este príncipe llegó á esperar la corona; pero no es muy creíble, porque no tenía suficiente audacia para ambicionar tanto. Por las ventajas que podía esperar de esta nueva insurrección, se le acusó de haber participado en ella; pero el hecho no es cierto. No pudo determinar el impulso, porque resultaba de la fuerza misma de las cosas; cuando más, parece que la secundó; y aun sobre este punto no descubre ningún vestigio ó plan concertado, ni el tiempo, que nos lo da á conocer todo, ni los largos procedimientos que se siguieron después. El duque de Orleans figuró sin duda en esto, como en toda la revolución, después del primer movimiento popular, y únicamente por haber derramado un poco de oro para alimentar sus vagas esperanzas.

Agitado aún el pueblo por las discusiones sobre el *veto*, enojado por lo de las escarapelas negras, molestado por las continuas patrullas, y acosado por el hambre, se sublevó de nuevo. Bailly y Necker habían hecho todo lo posible para que abundaran las subsistencias; pero sea por la dificultad de los transportes, ó por el pillaje que sufrieron los convoyes en el camino, y sobre todo por la imposibilidad de suplir al movimiento espontáneo del comercio, el caso es que las harinas faltaban. El 4 de octubre la agitación fué mayor que nunca. Hablábase de la partida del rey á Metz y de la necesidad de ir á buscarle á Versalles; acechábanse las escarapelas negras, y en todas partes se pedía pan. Numerosas patrullas consiguieron contener al pueblo, y pasó la noche con bastante tranquilidad; pero al día siguiente, 5, aparecieron de nuevo los grupos desde la madrugada. Las mujeres se dirigieron á las tahonas: faltaba pan, y corrieron presurosas al Ayuntamiento para quejarse á los representantes. Estos últimos no habían dado principio todavía á la sesión; en la plaza estaba formado un batallón de la guardia nacional; varios hombres quisieron reunirse con las mujeres, mas éstas se negaron á ello, diciendo que los hombres no sabían obrar, y precipitándose luego sobre la guardia, obligáronla á retroceder á pedradas. En aquel instante derribaron algunos una puerta del Ayuntamiento, y el edificio fué ocupado por los forajidos armados de picas, mientras que las mujeres intentaban pegar fuego. A duras penas se consiguió hacerlas retroceder; pero se apoderaron de la puerta que conducía al campanario y comenzaron á tocar á rebato. Entonces se pusieron en movimiento los habitantes de los arrabales: un ciudadano llamado Maillard, uno de aquellos que se habían distinguido en la toma de la Bastilla, consultó al oficial que mandaba el batallón de la guardia sobre el medio que podría emplearse para alejar del Ayuntamiento á las furiosas mujeres que lo invadían. El oficial no osó aprobar el medio que le propuso, y que consistía en reunir las, bajo el pretexto de ir á Versalles, dejándolas después aisladas. Sin embargo, Maillard se decidió, y tocando un tambor, pudo conseguir que le siguiesen. Iban armadas de palos, de mangos de escoba, de fusiles y de cuchillos: con este singular ejército, Maillard llegó al muelle, atravesó el Louvre, y á pesar suyo fuele preciso cruzar con aquellas mujeres las Tullerías

hasta llegar á los Campos Elíseos. Una vez allí, consiguió desarmarlas, haciéndolas comprender que valía más presentarse á la Asamblea como demandantes que como furias armadas. Las mujeres consintieron en ello, y Maillard se vió obligado á conducir las á Versalles, porque ya no era posible hacerlas desistir. En aquel instante parecían todos animados de la misma idea; varios grupos arrastraban cañones, mientras que otros rodeaban á la guardia nacional, que á su vez agrupábase alrededor de su jefe para pedirle que marchase á Versalles.

Entretanto estaba la corte tranquila; pero la Asamblea recibía tumultuosamente un mensaje del rey, después de haber presentado á su aprobación los artículos constitucionales y la declaración de los derechos. La respuesta debía ser una aceptación pura y sencilla, con la promesa de promulgar; pero el rey, por segunda vez, y sin explicarse mucho, dirigía varias observaciones á la Asamblea; accedía á los artículos constitucionales, aunque sin aprobarlos: hallaba buenas máximas en la declaración de los derechos, pero necesitaban explicación; y el todo no podía juzgarse, en su concepto, hasta que estuviera concluido el conjunto de la constitución. El dictamen era seguramente sostenible, y muchos publicistas opinaron así; pero ¿convenía expresarle en aquel momento? Apenas leída esta respuesta elevaronse numerosas quejas: Robespierre dijo que el rey no debía criticar á la Asamblea; Duport sostiene que la contestación debía ir firmada por un ministro responsable; Petión aprovecha la oportunidad para recordar el banquete de los guardias de corps, denunciando las imprecaciones proferidas contra la Asamblea; y Gregoire habla de la escasez, preguntando por qué se ha dirigido á cierto molinero una carta, prometiéndole doscientas libras á la semana si se negaba á vender. La carta no probaba nada, porque todos los partidos podían haberla escrito; pero excita un gran tumulto, y Mr. de Mouspey intima á Petión á firmar su denuncia. Mirabeau, que había desaprobado en la tribuna la conducta de Petión y de Gregoire, se adelanta entonces, y dirigiéndose á Mr. de Mouspey dice: «Yo he sido el primero en desaprobar esas denuncias impolíticas; pero puesto que se insiste, denunciaré yo mismo y firmaré cuando se haya declarado que en Francia no hay nada inviolable más que el rey.» Al oír tan terrible apóstrofe, todos se callan, y se vuelve á tratar de la contestación del rey. Eran las once de la mañana, y en aquel instante se recibe noticia de los sucesos ocurridos en París. Mirabeau se adelanta hacia el presidente Mounier, que, recientemente elegido, á pesar del Palacio real, y amenazado de una gloriosa caída, iba á desplegar en aquella triste jornada una indomable firmeza. Mirabeau, decimos, se acerca á Mounier y le dice: «París marcha contra nosotros; si no os parece mal, convendría ir á invitar al rey á que acepte lisa y llanamente.» «Si París marcha contra nosotros, contesta Mounier, mejor; que nos maten á todos sin dejar uno, y con ello ganará el Estado.» «La frase es bonita», replica Mirabeau volviendo á sentarse. La discusión continúa hasta las tres, y se decide que el presidente irá á ver al rey para pedirle su aceptación pura y sencilla. En el momento en que Mounier se dispone á salir para dirigirse al castillo, anúnciase la llegada de una diputación: era Maillard, que seguido de las muje-

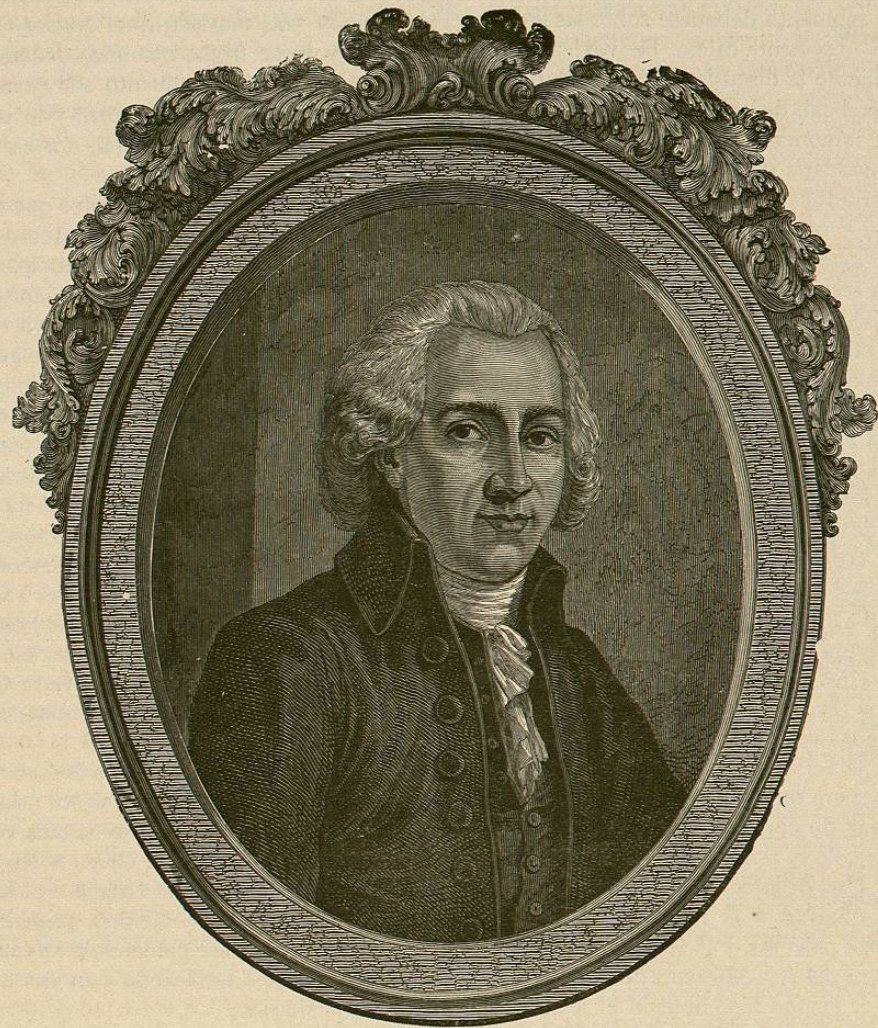
res, solicita audiencia; introdúcenle al punto, y con él penetra en la sala toda la cohorte femenina. Una vez en presencia del presidente, expone lo que ha ocurrido, la falta de pan y la desesperación del pueblo; habla de la carta dirigida al molinero, y asegura que una persona á quien hallaron en el camino les ha dicho que un sacerdote estaba encargado de denunciarle; este sacerdote era Gregoire, que, como hemos visto, acababa de hacer la denuncia. Una voz acusa entonces al arzobispo de París, Juigné, de ser el autor de la carta; elévanse gritos de indignación para rechazar esta ofensa al virtuoso prelado, y se llama al orden á Maillard y su diputación. Dícenle que se han adoptado medidas para abastecer á París; que el rey no ha olvidado nada; que se le va á suplicar que adopte nuevas disposiciones; que es preciso retirarse, y que la perturbación no es el medio de poner fin á la escasez. Mounier sale entonces para dirigirse al castillo, pero las mujeres le rodean, empeñándose en acompañarle, lo cual rehusa rotundamente, consintiendo al fin en admitir seis. Con ellas cruza entre los compactos grupos que acaban de llegar de París, y cuyos individuos van armados de picas, de férreos palos y hachas. En aquel instante llovía mucho: un desatamiento de guardias de corps cae sobre el grupo que rodea al presidente y le dispersa; pero las mujeres se reúnen con Mounier bien pronto, y llegan al castillo, donde están formados en orden de batalla el regimiento de Flandes, los dragones, los suizos y la milicia nacional de Versalles. En vez de seis mujeres, Mounier se ve obligado á introducir doce, y todas se conmueven al ver que el rey las acoge con bondad, deplorando su situación.

Una de ellas, joven y bonita, queda cortada al hallarse en presencia del rey, y apenas puede pronunciar la palabra *pan*; el monarca la abraza conmovido, y las mujeres se van enternecidas por aquel recibimiento. Sus compañeras, que las están esperando á la puerta del castillo, no dan crédito á su relato; dicen que se han dejado seducir y se disponen á matarlas. Los guardias de corps, mandados por el conde de Guiche, acuden presurosos para libertarlas; de diversos puntos parten algunos tiros; caen dos guardias y quedan heridas varias mujeres. No lejos de allí se ve á un hombre del pueblo á la cabeza de otras mujeres, que penetrando á través de los batallones, avanza hasta la verja del castillo. Mr. Savonnières le persigue, pero recibe un tiro que le fractura un brazo. Estas escaramuzas producen de una parte y otra la mayor irritación. Instruido el rey de lo que ocurre, manda á los guardias que no hagan fuego y se retiren á su alojamiento; mientras lo hacen cambian algunos tiros con la milicia nacional de Versalles, sin que pueda saberse de dónde han partido los primeros.

Mientras ocurrían estos desórdenes, el rey celebraba consejo, y Mounier esperaba con impaciencia su contestación; á cada instante enviaba á decirle que sus funciones le llamaban á la Asamblea; que la noticia de haberse dado la sanción calmaría los ánimos, y que iba á retirarse si recibía respuesta, porque no quería prolongar su ausencia más tiempo. Tratóbase en el consejo de si se marcharía el rey; la sesión duró desde las seis de la tarde á las diez de la noche, y asegúrase que el monarca no quiso dejar la plaza vacante al duque de

Orleáns. Se quiso que marchara la reina con sus hijos; pero la multitud detuvo los coches en el momento que se presentaron; y por otra parte, había resuelto la reina valerosamente no separarse de su esposo. Por último, á eso de las diez recibió Mounier la aceptación pura y sencilla, y volvió á la Asamblea. Los diputados acababan de separarse, y las mujeres ocupaban la sala. Mounier les anunció la aceptación del rey, la cual acogieron con alegría, preguntando si mejoraría su suerte, y sobre

otros.» Lafayette había resistido á las instancias de su ejército y á las oleadas de la multitud; sus soldados no eran de él por la victoria, sino por la opinión, y al renunciar á ésta, no pudo conducirlos ya. A pesar de todo, consiguió detenerlos hasta la noche; pero su voz no era oída sino en un reducido espacio, y más allá no bastaba nada para contener el furor del pueblo. Lafayette vió amenazada su cabeza varias veces, y sin embargo seguía resistiendo aún, si bien no ignoraba que á cada mo-



El abate Gregoire

todo si les darían pan. Contestóles Mounier tan bien como le fué posible, mandando que se distribuyese cuanto pan se encontrase. Durante aquella noche, en que tan difícil hubiera sido reconocer de parte de quién estuvo el mal, la municipalidad cometió la torpeza de no proveer á las necesidades de aquella multitud hambrienta, que había salido de París por carecer de pan, y que seguramente no debía encontrarlo después en el camino.

En aquel momento se supo la llegada de Lafayette; había luchado durante ocho horas contra la milicia nacional de París, que trataba de ir á Versalles. Uno de los granaderos le dijo: «General, no nos engañéis, pero os engañan. En vez de dirigir nuestras armas contra mujeres, vamos á Versalles á buscar al rey, y asegurarnos de sus disposiciones, colocándole en medio de nos-

mento salían nuevas hordas de París. La insurrección se trasladaba á Versalles; su deber era seguirla; y habiéndolo ordenado así la municipalidad, partió al momento. En el camino detuvo á su ejército, hizole prestar juramento de mantenerse fiel al rey, y llegó á Versalles á eso de la media noche. Allí anunció á Mounier que el ejército había prometido cumplir con su deber, y que no se haría nada contrario á la ley. Después corre al castillo, y con un respeto mezclado de pesar, pone en conocimiento del rey las medidas que se acaban de adoptar, asegurándole su fidelidad y la del ejército. El rey parece tranquilizado, y se retira para entregarse al reposo. Habíase rehusado á Lafayette la guardia del castillo, dejándole sólo los puntos exteriores; los demás se habían confiado al regimiento de Flandes, cuyas disposiciones no inspiraban confianza á los

suizos y á los guardias de corps. Éstos habían recibido primero orden de retirarse; pero después se les llamó, y como no habían podido reunirse todos, era reducido el número de los que estaban en su puesto. Reinaba tal turbación, que no se habían defendido los puntos accesibles, y hasta se dejó una verja completamente abierta. Lafayette mandó ocupar los puntos exteriores que le habían indicado, y ninguno de ellos sufrió el menor ataque ni violencia.

A pesar del tumulto, la Asamblea continuaba su sesión, y en aquel momento debatíase sobre las leyes penales con la más imponente calma. De vez en cuando interrumpía el pueblo la discusión pidiendo pan, hasta que, cansado Mirabeau de oírlo, gritó con voz sonora que nadie debía imponer la ley á la Asamblea, y que por lo tanto se mandaría despejar la tribuna. El pueblo aplaudió aquel arranque; pero no convenía á la Asamblea resistir más, y como Lafayette había enviado á decir á Mounier que todo le parecía tranquilo y que podía levantar la sesión, retiráronse los diputados á eso de la media noche, citándose para el día siguiente, 6, á las once de la mañana.

El pueblo se había diseminado por todas partes y parecía tranquilo. Lafayette, animado con el afecto de su ejército, que á la verdad no se desmintió, y por la calma que parecía reinar por doquiera, puso guardia en el cuartel de los guardias de corps, distribuyendo numerosas patrullas. A las cinco de la mañana estaba todavía en pie, y creyendo entonces que nada turbaría el orden, tomó una bebida y se marchó para entregarse al reposo que tanto necesitaba.

En aquel momento comenzaba el pueblo á despertarse y recorría ya los alrededores del castillo. De repente se traba una reyerta con un guardia de corps que hacía fuego desde las ventanas; los forajidos se precipitan, penetran por la verja que había quedado abierta y suben por una escalera que hallan libre, donde les detienen dos guardias de corps, defendiéndose heroicamente y cediendo sólo el terreno palmo á palmo y de puerta en puerta. Uno de aquellos generosos servidores era Miomandre. «¡Salvad á la reina!», grita con voz fuerte. Óyense estas palabras, y la reina se refugia presurosa en la cámara del rey. Mientras que huye, penetran los forajidos, y viendo abandonado el lecho real, tratan de introducirse más adentro; pero les detienen de nuevo los guardias de corps, atrincherados en gran número en aquel sitio. En el mismo instante, los guardias franceses de Lafayette, apostados cerca del castillo, y que han oído el tumulto, acuden presurosos y dispersan á los forajidos, presentándose después ante la puerta detrás de la cual se hallan los guardias de corps. «¡Abrid, les gritan; los guardias franceses no han olvidado que en Fontenoy salvasteis á su regimiento!» Ábrese la puerta y todos se abrazan.

En la parte exterior reinaba entonces el mayor tumulto. Lafayette, que descansaba sólo hacía unos instantes, sin haber conciliado el sueño todavía, oye el ruido, lánzase sobre el primer caballo, precipítase en medio de la refriega, y ve que van á ser asesinados varios guardias de corps.

Mientras los libra del furor del populacho, manda á su tropa que corra al castillo, y se queda casi solo en medio de los forajidos. Uno de ellos le apunta con su

fusil; Lafayette, sin turbarse en lo más mínimo, manda al pueblo que le traiga aquel hombre; al punto es obedecido, preséntanle el culpable y á su misma vista le destrozan la cabeza contra el empedrado. Después de haber librado á los guardias de corps, Lafayette vuela con ellos al castillo y encuentra sus granaderos que habían llegado ya; todos le rodean y prometen morir por el rey. En aquel momento, los guardias de corps á quienes su jefe había salvado con tanta oportunidad, gritan con entusiasmo: *¡Viva Lafayette!* La corte entera, que se veía también libre gracias á los esfuerzos de aquél y de su tropa, reconoce deberle la vida: los testimonios de reconocimiento son generales. La tía del rey, Madama Adelaida, corre y le estrecha entre sus brazos diciéndole: «¡General, nos habéis salvado á todos!»

El pueblo pedía entonces á gritos que Luis XVI fuera á París; celébrase consejo, invitándose á Lafayette á tomar parte en él, pero éste rehusa para no coartar la libre votación. Decídese al fin que la corte acceda á los deseos del pueblo; por las ventanas se arrojan numerosas papeletas para dar á conocer este resultado, y el monarca se presenta entonces en el balcón, seguido del general, y es saludado con los gritos de *¡viva el rey!*

No sucede lo mismo con la reina, contra la cual se elevan varias voces amenazadoras. Acértese á ella Lafayette y le dice respetuosamente: «Señora, ¿qué deseáis hacer?—Acompañar á mi esposo, contesta la reina con valor.—Seguidme, pues,» replica el general, conduciéndola al balcón con gran asombro suyo. Varios hombres del pueblo profieren amenazas; era fácil que se disparase algún tiro funesto; las palabras no podían ser oídas; era preciso hablar á los ojos. Lafayette se inclina entonces, y tomando la mano de la reina, bésala con el mayor respeto.

El pueblo, entusiasmado con aquel acto de galantería, confirma la reconciliación con los gritos de: *¡Viva la reina! ¡Viva Lafayette!* Aun faltaba conciliarse la voluntad de los guardias de corps. «¿No haréis nada por mis guardias?» pregunta Lafayette al rey. Luis XVI se coge del brazo de un individuo, preséntase con éste en el balcón y abrázale poniéndole su faja. El pueblo aprueba de nuevo, ratificando con sus aplausos esta nueva reconciliación.

La Asamblea no había creído propio de su dignidad acercarse al monarca, aunque éste lo solicitó: limitóse á enviarle una diputación de treinta y seis representantes. Apenas tuvo conocimiento de su inmediata marcha expidió un decreto en el que prevenía que era inseparable de la persona del rey, designando cien diputados para que le acompañaran á París; Luis XVI recibió el decreto y se puso en camino.

Los principales grupos se habían retirado ya: Lafayette mandó que los siguiera un destacamento de ejército, á fin de impedir que volviesen, disponiendo á la vez se desarmara á los forajidos que llevaban en la punta de sus picas las cabezas de dos guardias de corps. Consiguíose arrancarles este horrible trofeo, y por lo tanto, no es verdad que precediera al coche del rey.

Luis XVI entra por fin en la capital en medio de una considerable multitud, y es recibido por Bailly en la casa Ayuntamiento. «Vuelvo poseído de confianza, dice el rey, al seno de mi pueblo de París.» Bailly re-

pite la frase á los que no podían oírlo, pero olvida la palabra *confianza*. «Añadid *con confianza*, dice la reina.—Sois más feliz, dice Bailly al rey, que si yo la hubiera pronunciado.»

La familia real se dirigió al palacio de las Tullerías que estaba deshabitado hacía un siglo, y en el cual no se le habían hecho aún los preparativos necesarios por falta de tiempo. La guardia fué confiada á las milicias parisienses, y declaróse á Lafayette responsable ante la nación de la persona del rey, que se disputaban todos los partidos. Los nobles querían conducirlo á una plaza fuerte para ejercer en su nombre el despotismo; el partido popular, que no pensaba todavía en prescindir del monarca, quería conservarle para completar la constitución y privar de un jefe á la guerra civil; y así es cómo la malevolencia de los privilegiados les indujo á llamar á Lafayette carcelero, siendo así que su vigilancia no probaba más que una cosa: el sincero deseo de tener rey.

Desde aquel momento se pronuncia la marcha de los partidos de diverso modo: la aristocracia, alejada de Luis XVI, y no pudiendo acometer ninguna empresa á su lado, se disemina por el extranjero y las provincias, y desde entonces comienza á ser la emigración considerable. Muchos nobles huyen á Turín para reunirse con el conde de Artois, á quien había dispensado asilo su suegro; y una vez allí, conságranse á su política, que consiste en insurreccionar los departamentos del Mediodía, suponiendo que el rey no está libre. La reina, que es austriaca, y además enemiga de la nueva corte formada en Turín, cifra sus esperanzas en el Austria. En medio de estos manejos, el rey lo ve todo y nada impide, esperando su salvación de cualquiera parte. Poco á poco hace todas las declaraciones exigidas por la Asamblea, y ya no es realmente libre, como no lo hubiera sido tampoco en tiempo de Maurepas, porque el destino de los débiles es ser dependientes en todas partes.

El partido popular, triunfante en Orleans, Lafayette, Mirabeau, Barnave y los Lameth. La voz pública acusaba al duque de Orleans y á Mirabeau de ser los autores de la última insurrección; varios testigos, dignos de confianza, aseguraban haber visto al último en el deplorable campo de batalla del 6 de octubre. Estos hechos se desmintieron más tarde; pero dióseles crédito por el pronto. Los más atrevidos calumniadores dijeron que los conjurados habían querido alejar al rey, y hasta matarle; que el duque de Orleans se proponía ser regente del reino y Mirabeau ministro. Malogrados sus intentos por la presencia de Lafayette, considerábase á éste como salvador del rey, á la vez que vencedor del duque de Orleans y de Mirabeau. La corte, que no había tenido aún ocasión para mostrarse ingrata, reconocía á Lafayette como su salvador; de modo que en aquel momento parecía inmenso el poder del general. Los patriotas exaltados, concibiendo ya temores, murmuraban el nombre de Cromwell; Mirabeau que, como veremos después, no tenía nada de común con el duque de Orleans, estaba envidioso de Lafayette, á quien llamaba Cromwell-Grandisson; y la aristocracia secundaba sus desconfianzas, agregando sus propias calumnias. Sin embargo, Lafayette estaba resuelto, á pesar de todos los

obstáculos, á sostener al rey y la constitución, y para ello resolvió alejar primeramente al duque de Orleans, cuya presencia daba origen á muchos rumores, pudiendo ofrecer, si no los medios, por lo menos el pretexto para los trastornos.

Lafayette fué, pues, á ver al príncipe; durante la entrevista le intimidó con su firmeza, y por fin obligó á que se alejara. El rey, que estaba en el proyecto, fingió, con su acostumbrada debilidad, que le obligaban á tomar esta medida, y al escribir al duque de Orleans, díjole que era preciso que él ó Mr. de Lafayette se retirasen; que atendido el estado de la opinión, no era la elección dudosa, y que de consiguiente le encargaba una comisión para Inglaterra. Después se supo que Mr. de Montmorin, ministro de Estado, deseoso de verse libre de la ambición del duque de Orleans, le dirigió á los Países Bajos, insurreccionados entonces contra el Austria, haciéndole esperar que obtendría el título de duque de Brabante. Al saber sus amigos esta resolución, irritóles tanta debilidad; más ambiciosos que él, y deseando que no cediese, dirigiéronse á Mirabeau, y le invitaron á denunciar en la tribuna las violencias que Lafayette ejercía contra el príncipe.

Envidioso Mirabeau de la popularidad del general, envió á decirle, así como también al duque, que iba á denunciar á los dos en la tribuna si se efectuaba la marcha del segundo. El duque de Orleans vaciló; pero decidióse por fin una nueva invitación de Lafayette, y se puso en marcha. Al recibir Mirabeau en la Asamblea una nota en que se le anunciaba la retirada del príncipe, exclamó con despecho: *¡No vale el trabajo que uno se toma por él!* Estas palabras y otras muchas igualmente indiscretas, dieron margen á que se acusara con frecuencia á Mirabeau de ser uno de los agentes del duque de Orleans; pero jamás lo fué. Su pobreza, sus imprudentes palabras, su familiaridad con el duque de Orleans, semejante sin embargo á la que tenía con todo el mundo; sus proposiciones respecto á la sucesión de España; y, por último, su oposición á la marcha del duque, debieron excitar sospechas; pero no es menos cierto que Mirabeau no era de ningún partido, y que su único objeto se reducía á combatir á la aristocracia y al poder arbitrario.

Los que hicieron estas suposiciones debían haber sabido que Mirabeau se veía entonces obligado á pedir prestadas las más pequeñas sumas, lo cual no le hubiera sucedido en el caso de ser el agente de un príncipe inmensamente rico, casi arruinado, según decían, por sus partidarios. Mirabeau presentía ya la próxima disolución del Estado: una conversación que tuvo con un amigo íntimo en el parque de Versalles, y que duró toda una noche, le hizo concebir un plan enteramente nuevo: prometiése, para mayor gloria suya, para salvación del Estado y para labrar su propia fortuna (Mirabeau era hombre capaz de manejar todos estos intereses á la vez), mantenerse inflexible entre los desorganizadores y el trono, y consolidar la Monarquía ocupando en ella un lugar. La corte había intentado ganarle; pero procedió con torpeza, y sin valerle de esos rodeos que se debían emplear con un hombre tan altivo, que se había propuesto conservar su popularidad, á falta del aprecio que no se le profesaba aún. Malouet, amigo de Necker, y relacionado con Mirabeau, quiso